

# MEMORANDUM

POR GABRIEL GARCIA BADELL

Ignoraba el río o la Tierra que hoy diecinueve de julio,  
a una hora incierta, iba a tener lugar  
el acabamiento de un amigo  
con la luz difusa  
de todas  
las tardes.

Y eso en la habitación sin número del hotel,  
en el segundo piso  
según  
se  
entra.

Así que, en situación horizontal, y, vivo aún  
se le hablaba de cualquier cosa a Paco Ezquerra, de 52 años de edad  
hombre sin problemas, Jefe de Administración  
de las casas antiguas del *Poblao* con residencia en Canfranc al lado  
de la Iglesia  
en la  
misma  
plaza.

Y últimamente debido a las circunstancias o a la enfermedad  
en el hotel de referencia en la habitación sin número  
del segundo piso  
según  
se  
entra.

Y todo para que no llegase a oír la música del pueblo en fiestas  
y las voces de los soldados o de los niños  
o las campanas llamando a misa  
a  
las  
mujeres  
De esa forma el amigo de 52 años Paco Ezquerro  
veía sólo caer la tarde, sin razón ninguna, sobre el río.  
Y oía, al mismo tiempo, llegar casi en silencio al sacerdote don Valentín  
y  
a  
mí  
mismo,  
respondiendo sin equivocarse, *sí* o *no*, a las preguntas  
de conformidad con las circunstancias y el momento,  
sin llegar a pensar entonces en la resurrección de los muertos  
porque no  
venía  
caso.

Y después, al marcharse el sol,  
justo cuando María José, la criada, le servía el café con leche con azúcar,  
con el andar silencioso que supone el respeto o el miedo,  
había oído que un niño, en la carretera, le preguntaba a su madre  
si le dejaba ir al columpio, con voz normal  
como si las cosas estuviesen allí en orden para siempre  
por los siglos  
de los siglos, eternamente,  
diciendo: *¿Mamá, me dejas ir al columpio ahora?*

Y todo ello había supuesto, por parte de Paco Ezquerro,  
un reconocimiento tácito de su situación de-hombre-para-el-acatamiento-final  
(como le había explicado el sacerdote don Valentín)  
por lo que había asentido sin que María José llegase a comprender  
si quería el café con leche más caliente o más frío,  
preguntando *¿está bien, don Paco?, ¿está bien?*,  
viéndole ladear la cabeza a la izquierda ligeramente, sin ostentación,  
para dejar paso a la inmovilidad absoluta

sin llegar a retener —al menos por educación— la mandíbula en su sitio, abriendo, asimismo, los ojos en su posición de muerto ya.

Para que 6 horas después, o más tarde, se le llevase escaleras abajo con respeto apartando a los clientes del hotel que subían, que iban al baño o al *Water clos*, a los aseos, que querían saber si era por allí o por otro lado sin que nadie respondiera otra cosa que *hagan el favor, dejen paso*, llegando al *hall*, cubriendo su cuerpo con una gabardina y luego yendo a la puerta para abrirla y cerrarla como si se tratase de dar por terminada la función.

Y en el bar Honorio Liébana del Molino, mientras, llenaba el vaso de vino a un turista que quería saber si había un sitio libre en el establecimiento para dormir y comer en situación de pensión completa, respondiendo que no al principio, rectificando después al llegar María José, que decía que había tenido lugar el fallecimiento, el deceso, de Paco Ezquerro, por lo que si hacía el favor de esperar iba a poder servirle una habitación en el segundo piso  
según  
se  
entra.